

Estatuto literario de un texto religioso

Antonio Blanch

Universidad Pontificia de Comillas

Para establecer la naturaleza específica de un texto religioso habría que comenzar preguntándose qué entendemos por *religioso*, reconociendo al mismo tiempo que tal pregunta no tiene una fácil respuesta. Lo *religioso*, en efecto, es un término polisémico, que suele además usarse comúnmente de forma muy imprecisa.

Para nosotros, aquí y ahora, un texto religioso será sólo aquél que o bien haya sido producido de forma testimonial por un autor creyente, o bien aquel texto que posea un claro contenido directamente relacionado con alguna comunicación (revelación) sobrenatural o divina. Excluimos, pues, de nuestro actual análisis los textos pseudoreligiosos (formas religiosas sin contenido), así como todo discurso teórico argumentativo o histórico, o narraciones noveladas, que tengan que ver con alguno de los llamados *fenómenos religiosos*, sin que el autor los asuma personalmente como válidos para él. Y, por consiguiente, y aunque parezca extraño, excluiríamos de entre ellos a muchos textos simplemente teóricos o académicos de las ciencias teológicas, que no sean explícitamente confesionales. Conviene también advertir de entrada que, aunque tendremos siempre presente lo del estatuto del texto religioso en general, casi siempre nos referiremos ahora a lo que ocurre con los textos religiosos específicamente *cristianos*, que son los que más conocemos.

Para proceder de forma un poco sistemática vamos a organizar nuestras reflexiones según las tres cuestiones con las que la fenomenología más elemental de la comunicación suele comenzar sus explicaciones: ¿quién comunica?, ¿a quién comunica? y ¿qué comunica un texto dado? o dicho en la jerga comunicativa, *el emisor, el receptor y el mensaje*.

1. *El escritor religioso.*

Por más que muchos filólogos intenten hoy salvar por encima de todo el valor *objetivo* de los discursos, para poder ahondar mejor en sus formas y estructuras, no se podrá nunca prescindir, para alcanzar el sentido de un texto, de la intención y situación personal de quien lo ha producido. Es más, la especificidad de un texto, sobre todo si se trata de un texto cargado de contenidos vivenciales, como son los textos poéticos o religiosos, dependerá en no pequeña medida del conocimiento que podamos tener de la situación vital de su autor. Tanto más cuanto que tales textos están redactados en un lenguaje de coloración intensamente humana, como no podrá dejar de detectarse en un riguroso análisis objetivo. Hay escritores que, al intentar expresar unas vivencias profundamente humanas (eróticas, estéticas o religiosas), *humanizan* todo lo que tocan, y desde luego los textos que escriben.

Dos categorías parece oportuno distinguir, referentes a lo que aquí entendemos por autor religioso: el autor *inspirado* propiamente dicho (movido por el

espíritu divino) y el que no lo es, aunque escriba desde su fe, condición esta última imprescindible para que, como ya anunciábamos, lo consideremos como escritor religioso.

Y comencemos reflexionando sobre el autor *especialmente inspirado*, que comunica su mensaje (de palabra o por escrito), como resultado de unas intensas experiencias que ha vivido, y que él atribuye a una comunicación divina, recibida con temor y temblor precisamente para ser transmitida a la comunidad en la que vive. No es del caso ahora examinar la naturaleza y alcance de este fenómeno de la *inspiración* (que, por lo demás, ha sido ya muy estudiado por teólogos y aun por psicólogos); pero lo que aquí nos conviene retener es que (1º) tal sujeto está seguro de la seriedad absoluta de su experiencia y (2º) que con ella ha recibido el mandato inexcusable de comunicarla a los demás, de convertirla en palabra viva.

En consecuencia, sus palabras no se pronunciarán de forma fríamente enunciativa, sino que intentarán sugerir el sentido oculto, en una situación histórica dada, de un juicio de salvación o de reprobación en nombre del Dios invisible, para exigir además de sus oyentes un cambio radical de vida. Fácil es deducir entonces que el texto que se comunica, junto con su contenido revelatorio, estará impregnado de un altísimo valor imaginativo, emocional y hasta patético. Será, técnicamente hablando, un discurso de alta intensidad *performativa*.

El prototipo de estos autores inspirados, en la tradición judeo-cristiana, suele ser el *profeta*. Entendiendo por esta palabra (“pro-fari”) no necesariamente el que anticipa el futuro (que es la forma habitual de usar en nuestro lenguaje este término), sino que más precisamente significa: o bien *el que habla en nombre de Alguien* o bien *el que explicita o proclama lo que está oculto*, o ambas cosas a la vez.

En este sentido, todos los autores inspirados de las Sagradas Escrituras (aunque sus textos sean aparentemente sólo jurídicos o simples relatos históricos) ejercen una alta función profética, función que adquirió una fuerza muy especial, literariamente hablando, precisamente en los profetas de Israel pero también en algunos autores de textos apocalípticos, escatológicos o en los textos rituales (himnos, salmos y todo tipo de cánticos).

Como se sabe, a todos los autores que figuran en la Biblia católica, se les llama *canónicos*, porque han sido ratificados oficialmente por la Iglesia como inspirados. Pues bien, a todos estos autores —incluidos los evangelistas y los autores de cartas del Nuevo Testamento— se les puede considerar también como verdaderos profetas, en el sentido antes definido. Y no se olvide de incluir también en esta categoría, el profetismo supremo que realizó históricamente Jesús de Nazaret, cuyas palabras derivaban de una muy especial inspiración divina consustancial a su humana naturaleza. Pues bien, todos los textos religiosos producidos por los autores bíblicos, cuando se analizan *objetivamente* para captar su mensaje, aun por los lectores no creyentes, no podrán dejar de acusar esa condición profética y es ella la que finalmente debe decidir del sentido último del texto analizado.

Pero hemos dicho que, además de los textos escritos por autores inspirados, se dan muchísimos otros textos religiosos, producto de las vivencias de fe de escritores creyentes aunque no inspirados. Serán textos testimoniales (autobiográficos), piadosos,

exhortativos o parenéticos, textos apologéticos, pedagógicos, etc. Los cuales, cuando desde la fe logran expresarse con suficiente o más que suficiente calidad estética constituyen lo que suele entenderse por una literatura religiosa y más específicamente, cuando es la fe cristiana la que inspira a esos artistas la *literatura Cristiana*.

No podemos detenernos ahora a comentar el gran caudal de obras ni siquiera lo más general del valor estético propio de esta literatura cristiana, que ya cuenta con 20 siglos de existencia. Pero no por ello debemos dejar de recordar aquí, a propósito de la naturaleza de los textos religiosos, que por hallar sus autores en la vivencia de su fe, cuanto más profunda mejor, un riquísimo manantial para su inspiración estética, pueden llegar a sentir la belleza del mundo o a interpretar los dramas humanos con una tan intensa conmoción desde perspectivas tan trascendentes, que les puede permitir ahondar en el sentido de la vida y contemplar con mayor estremecimiento lírico o dramático ese supremo misterio de la naturaleza que es el destino de la criatura humana. Por ello muchas de las obras maestras de la literatura cristiana son realmente únicas dentro de la historia general de la cultura.

2. ¿A quién va dirigido un texto *religioso*?

Pasemos ya a tratar de los destinatarios o lectores de estos textos, escritos desde la fe o desde una específica inspiración. Hoy día es idea ampliamente recibida que un texto no se agota en sí mismo sino que queda siempre abierto para ser completado en su propia entidad comunicativa por el lector eventual del mismo. Es más, la hermenéutica objetiva de los textos se aplica también a veces a descubrir en el interior de sus estructuras lingüísticas la figura de ese presunto lector oculto (el reconocido *lector in fabula* de Umberto Eco) que los autores habían quizás tenido presente mientras escribían, y que contemplaban como a su destinatario ideal. Lo cual debe ocurrir siempre con los textos religiosos, por más secretos o íntimos que hayan sido en sus orígenes, pues un sentimiento religioso nunca se cierra sobre el sujeto que lo expresa sino que se abre implícitamente ante un Dios interlocutor, un Dios acogedor de nuestras vivencias (Dios sería, pues, el inexcusable destino de toda confesión religiosa). Pero dejando de lado ese aspecto particular del lector implícito, veamos brevemente algunas determinaciones del receptor humano habitual de los textos religiosos.

Normalmente los textos llamados *inspirados* por el Espíritu divino, los textos bíblicos, fueron escritos para ser leídos por las comunidades de fieles, para que hallaran en ellos individualmente el principal apoyo de su vida de fe o para celebrar colectivamente el acontecimiento de la *Palabra divina*. Recuérdese que al principio (¡y hasta el Renacimiento!) el individuo creyente no disponía de los textos bíblicos, sino que acudía a las asambleas cristianas para que se los leyeran. Allí se leían y explicaban, pero también muchas veces se proclamaban solemnemente en rituales litúrgicos progresivamente muy elaborados. Además, en la escuela se aprendían de memoria algunos fragmentos importantes; pero era sobre todo por la catequesis oral y la predicación que tales textos, adecuadamente comentados, iban siendo recibidos por los creyentes. Así pues, los creyentes, más que lectores fueron propiamente oyentes

de la palabra. Lo cual implicaba una actitud vital receptiva y obediente, normalmente muy respetuosa, por tratarse de textos *sagrados* (intocables), *hieratizados* además por las formas distanciadoras de los rituales y del magisterio jerárquico.

Más adelante, con las primeras traducciones a las lenguas vulgares, pero sobre todo, ya en la Edad Moderna, gracias a la introducción de la imprenta, la situación iba a cambiar notablemente. Con la producción serial de los libros se facilitaba el contacto directo de cada individuo con el texto sagrado y, se propiciaba la libre interpretación, promovida precisamente entonces en Europa por los primeros movimientos protestantes. Ante los cuales la iglesia católica no dudó en adoptar al principio algunas medidas muy proteccionistas. Pero ya desde las últimas décadas del siglo XIX la situación iba a cambiar radicalmente! los teólogos católicos comenzaron a aplicar a la interpretación de las Escrituras las nuevas ciencias del lenguaje y los fieles podían tener acceso individual a la Biblia a partir de renovadas traducciones de sus textos.

Pero sean cuales fueren las circunstancias históricas en que se encuentra el receptor de la Palabra inspirada, conviene señalar otra gran dificultad mucho más actual en la recepción de tales textos, que proviene de la falta de una adecuada *disposición* en muchos de los lectores cristianos de las Escrituras. Porque leer la Biblia no es un acto cualquiera de lectura, sino que ya es en sí mismo un acto religioso, que exige una profunda acogida personal. Como decía el profesor Carlos Castro Cubells¹, el verdadero lector creyente sería sólo aquel capaz de *soportar* un lenguaje tan exigente, que le puede estar obligando a cambiar de vida. Por ello se comprenderá que esta dificultad en la recepción crece cuando se vive en un clima cultural muy secularizado, como es el nuestro, con tendencia a reducir al nivel profano aun lo más sagrado de las religiones, como son sus Escrituras. Para confirmar esta impresión bastaría recordar la proliferación actual de novelas y películas sobre temas o personajes bíblicos privados de su contexto confesional, especialmente en las obras apocalípticas o de ciencia ficción, que, como ya había ocurrido en los orígenes del cristianismo con las escrituras apócrifas, están desvirtuando desde fuera de la creencia el auténtico mensaje de los textos cristianos.

Por último, cabría todavía preguntarse ¿hasta qué punto pueden ser *recibidos*, por lectores o estudiosos no creyentes estos textos sagrados, y no sólo los textos bíblicos sino también las obras de autores explícitamente cristianos? Vayamos por partes, y consideremos en primer lugar al lector que se enfrenta con un texto religioso auténticamente inspirado.

Ni qué decir tiene que es totalmente legítimo acercarse a los textos sagrados de cualquier religión, aunque sólo sea por curiosidad. Y es además muy loable el interés simplemente filológico o cultural que pueda sentirse por este tipo de escrituras, que a veces resultan difíciles y crípticas, pero que casi siempre son interesantes por haber inspirado sectores muy amplios de la humanidad. Pero cabe tal vez preguntarse

¹ Véase "Consideración fenomenológica del lenguaje cristiano", en *Doce ensayos sobre el lenguaje*, Fundación March, Madrid, 1974.

qué grado de intelección conseguirá un intérprete no iniciado personalmente en la religión en cuestión, y aun un lector religioso, pero no vinculado a la comunidad de fe a la que pertenece dicho texto. Por ejemplo, un budista que lea a Santa Teresa.

Pues bien, pensamos que si se trata de textos escritos por artistas cristianos realmente creyentes, la recepción de los mismos por lectores no creyentes puede llegar a ser suficientemente profunda, sobre todo si tales lectores pertenecen a la misma tradición cultural en la que han sido producidas tales obras literarias, como ocurre cuando un agnóstico europeo lee *La Divina Comedia* o el *Cántico espiritual* o *San Manuel Bueno, mártir*, pues la cultura occidental está todavía muy impregnada de cristianismo y de sus símbolos. Y es que todo texto, sea religioso, o no, está fuertemente determinado en su forma y en su fondo por el horizonte cultural en el que vivía su autor. Recuérdense a este propósito las enseñanzas hermenéuticas que con tanta justeza nos están ofreciendo hoy Gadamer y tantos otros buenos intérpretes de la obra literaria. Téngase además en cuenta que ningún texto religioso, ni aun los más sagrados, es puramente religioso, sino que es un constructo en el que se amalgaman lo sagrado con lo cultural profano. Lo cual no impide que algunos textos literarios profundamente religiosos, lleguen a impactar de tal manera al lector profano que provoquen en él resonancias no sólo estéticas sino también auténticamente religiosas.

3. El texto religioso en sí mismo

Al abordar objetivamente un texto cualquiera, lo primero que hemos aprendido a distinguir y separar metódicamente en él son sus formas significantes de sus contenidos o significados. Para nuestro propósito en esta exposición, vamos a comenzar por lo segundo, de manera más breve, para poder detenernos luego, un poco más largamente, en el análisis formal, lingüístico y literario.

¿Qué es lo que esencialmente comunica un texto religioso propiamente tal? Pues algo ordinariamente misterioso, inasequible al lector humano normal y por lo tanto difícilmente reducible a conceptos unívocos. Y, sin embargo, ese algo misterioso y de naturaleza no material se nos está sugiriendo efectivamente gracias al texto y de tal manera que su mensaje bien puede ser denominado, aunque metafóricamente, *Palabra de Dios* u *oráculo de Yavéh*, algo que ha sido aprehendido por el autor como una señal o una llamada lejana de un ser misterioso y muy superior que desea comunicarse.

Ahora bien, en relación con la manera de entender la revelación religiosa como *Palabra de Dios*, cabe preguntarse todavía ¿cómo puede ser realmente palabra de Dios un texto producido con palabras tan plenamente humanas? Como se sabe, en el cristianismo esta es una de las grandes cuestiones teológicas relativas a la Revelación. Y, debido a la gran dificultad que entraña, el magisterio católico ha sido siempre muy cauto en la forma de explicar esa inexcusable cuestión. Afortunadamente, sobre todo en el siglo XX y gracias a la considerable ayuda de las ciencias del lenguaje y de la hermenéutica literaria, se han dado pasos de gigante en la explicación de esta paradoja de lo divino y de lo humano. Todo ello oficialmente sancionado en el documento *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II (1965). Los libros

de la Biblia —se explica en este documento— son palabra «simultáneamente humana y divina». Ciertamente, Dios tiene la iniciativa (autoría original) y es Él quien empuja al escritor humano a hablar, provocando en él una experiencia interior muy profunda (*inspiración*) y la urgencia de comunicarla. Además, esa acción del Espíritu divino no suscita sólo conocimientos (ideas) sino que, por su gran fuerza interpelante, moviliza también los sentimientos y las pasiones del autor humano, excitando además sus capacidades artísticas. Con lo que puede considerarse realmente como un auténtico creador².

Y pasemos ya a decir algo sobre la forma lingüística y literaria por la que se nos comunica el mensaje religioso en estos textos testimoniales o en aquellos otros divinamente inspirados. Y para proceder con más claridad introduciré aquí una nueva distinción entre lo que, por una parte, sería la lengua (o contenido verbal) y, por otra, el estilo.

La lengua en la que se redacta un texto está compuesta de vocablos convenientemente ordenados. Más que la sintaxis, que con frecuencia puede estar violentada y aun ausente, dada la vehemencia de algunos contenidos sagrados o la natural incomprensión por parte del autor humano de lo que está comunicando, interesa detenerse cuando se trate de un texto religioso, en ciertas palabras sobresalientes, muy características de este tipo de textos. Muchos de los cuales, por cierto, suelen pivotar en dos o tres sustantivos, que pasan a ser nombres apelativos, inscritos en frases cortas casi sin verbos, en las que domina la interjección o la invocación... Y casi todos los textos de la revelación bíblica, suelen introducirse con los términos Verbo, Logos, Oráculo, Palabra, o términos semejantes con lo que podemos seguir repitiendo con toda razón que «en el principio era la Palabra...» (Jn 1, 1)

Alguna de estas *poderosas Palabras* (como gusta calificarlas Northon Frye al hablar de ese *gran código* lingüístico que es la Biblia³) ya en el interior de los textos de la revelación cristiana podrían ser los siguientes: *Luz, Padre, Vida, Espíritu, Salvación* o *Misericordia*... Aunque sobre todos ellos, en casi todas las religiones del mundo, la palabra más frecuentemente repetida y no por ello menos enigmática es *Dios*, bajo las múltiples modalidades semánticas de ese vocablo de raíz indoeuropea. Con lo que resulta que el sintagma *Yo soy* (y sus sinónimos), acompaña con frecuencia la manifestación del misterio de lo divino, intentando sugerir un poco más lo

² Desearía evocar a este propósito la memoria de un gran amigo, recientemente desaparecido, gran artista él también, que se entregó con notable competencia científica durante toda su vida al estudio de los lenguajes bíblicos y muy concretamente a esta cuestión del carácter humano-divino de los inspirados. Se trata del P. Luis Alonso Schökel, de quien nos permitimos sugerir, entre otros muchos estudios suyos, estos dos libros realmente esclarecedores: *Palabra inspirada. La Biblia a la luz de las ciencias del lenguaje* (1960) y *Hermenéutica de la Palabra* (1987).

³ N. Frye, *Poderosas palabras*, Barcelona 1996.

desconocido desde ese otro término capital del lenguaje metafísico que es el *Ser* (tanto en su forma de infinitivo verbal como en la de sustantivo nominativo). Y por ello bien podría decirse aquí, con mayor razón que en otros medios comunicativos, que el lenguaje es el mensaje, o que la Palabra por sí misma ya es la revelación. El referente de la palabra (primer nivel de significado) sería, pues, la palabra misma (imagen antropomórfica), acogida a su vez como signo o como sacramento de una realidad absoluta (ser) que sólo en ella resulta eficaz y finalmente salvífica (segundo nivel de significación)⁴.

Notemos de paso que, al recordar ahora la prestancia de algunas palabras clave en el lenguaje religioso, estamos iniciando ya la inevitable comparación con el lenguaje poético, que vamos a tener que retomar en seguida. La poesía, en efecto, en cuanto actividad creativa esencial, es la suprema tarea o la cumbre expresiva del lenguaje humano, en cuanto que recupera lo más sustantivo y auténtico —y por ello también lo más bello y verdadero— de ciertas palabras clave. La auténtica palabra poética —*la palabra esencial en el tiempo*— no es más que la palabra humana en su natural límite significativo.

Así entramos ya con buen pie en la otra dimensión del significante lingüístico, que es el estilo, conscientes de haber tenido que simplificar mucho de lo referente a lo específico de la lengua o de un lenguaje religioso, al haberlo sólo insinuado en su vocabulario esencial.

Pero, según el citado profesor Alonso Schökel, «no es el vocabulario sino el estilo lo más específico y diferencial de los textos religiosos». Sus propios estudios en el campo de la estilística lo hacen sobresalir entre los más eminentes intérpretes literarios de la Sagrada Escritura. Para Schökel, en efecto, la forma (lengua y estilo) de un texto «es tan importante o más que el mismo contenido», siguiendo en ello las enseñanzas de sus maestros Karl Vossler, Leo Spitzer y Dámaso Alonso. Pues él también gustaba repetir, con estos autores, que si para las Ciencias la forma sirve al sentido, en Literatura la forma crea de algún modo el sentido. Por ello no es posible alcanzar el pleno significado (contenido) de una obra artística —y la Biblia ciertamente lo es— si no se comprende a fondo su singularidad estilística.

Ahora bien, los estudios estilísticos de una obra religiosa inspirada incluyen en primer lugar el análisis minucioso de las potenciaciones del lenguaje (interrogación, hipérbole, paradoja, etc.), pero sobre todo deben centrarse en el estudio del lenguaje figurado, catalogando y poniendo en interacción los diversos tropos y figuras que distinguen a una obra concreta (especialmente metáforas, parábolas, alegorías, etc.) Y aquí es donde volvemos a encontrar la inevitable aproximación que tantas veces se da entre las formas religiosas con las formas poéticas, que para terminar vamos a recordar brevemente, atendiendo sólo y precisamente a su común condición metafórica y simbólica.

⁴ Así parece insinuarlo T. Todorov en su obra *Literatura y significación*, Barcelona, 1971, *passim*.

Es realmente sorprendente saber que aquel gran teólogo que fue Karl Rahner, comparaba y en cierto modo identificaba, en su virtualidad expresiva, la palabra religiosamente revelada con la palabra poética, «en cuanto que ésta también evoca y hace presente, tras las realidades decibles y en sus abismos más hondos, el misterio eterno; en cuanto que dice lo individual de tal manera que en ello está todo poéticamente reunido. Cuando llega realmente al corazón, cuando conjura lo inefable, cuando fascina y libera, cuando no habla sobre algo, sino que al decir funda lo que evoca... »⁵

Precisamente, la naturaleza metafórica y simbólica de ambos estilos literarios viene exigida por esa su inherente capacidad evocativa, de exteriorizar lo que permanece oculto, últimamente desveladora del Ser y fundadora de la Existencia, como tan acertadamente supo ver también Martín Heidegger, en sus conocidos estudios sobre la poesía. En el símbolo poético, en efecto, el significante se convierte a su vez en un nuevo significado de la imagen natural, que la abre *hacia dentro* del autor (en cuanto desvela posibles experiencias interiores) y también *hacia fuera* (en cuanto evoca algo ulteriormente mayor aunque todavía oculto). El símbolo, además, y tal vez por esta su gran capacidad de evocación interna y externa, no significa sólo cognitivamente (a veces esto es lo menos importante); sino que también actúa, es eficaz por la carga emotiva que descubre y provoca. Lo cual es ciertamente muy eficaz cuando se trata de los símbolos religiosos y quizás no tanto en los poéticos, que por naturaleza son más idealistas y desinteresados.

Lo cual, por cierto, nos obliga a recordar aquí una importante cautela interpretativa para no caer en la trampa de reducir lo religioso a lo simplemente estético. A saber que, a pesar de la gran cercanía entre ambos estilos y aun reconociendo la posible potenciación mutua, un texto religioso modifica siempre y aun corrige la mundanidad del horizonte invocado por el estilo de alguien que no es más que artista, no abierto a una fe sobrenatural. Mientras que, por otra parte, los grandes poetas creyentes —y muchos de los autores de la Biblia lo son—, refuerzan sus capacidades estéticas y amplían el alcance de sus expresiones simbólicas, literalmente seducidos por la inagotable belleza del horizonte sobrenatural que contemplan.

De todo lo cual cabe concluir que el lenguaje de un texto religioso, por su misma naturaleza paradójica y extremosamente metafórico, siempre será para el profano un lenguaje enigmático más o menos ambiguo, cuya comprensión en profundidad requiere una especial predisposición anímica. También es oportuno advertir que, al estudiar un texto específicamente religioso, hay que prestar una muy fina atención para no confundir su estricto contenido de fe con todos los demás elementos concomitantes, ya sean de tipo estético o ideológico. Pues, aunque la fe en sí misma no es una cultura sino una honda inspiración para cualquier cultura, no puede darse históricamente ninguna creencia religiosa que no haya sido inculturada de alguna manera. Y, por consiguiente la justa interpretación de obras literarias de inspiración religiosa exigirá una delicada tarea de disección para distinguir bien su sustancia religiosa de las formas estilísticas que la comunican; pero sin desdeñar las

⁵ Karl Rahner, *Escritos de teología*, Madrid, 1964, vol. IV, p. 460.

formas pues no pocas veces en esas mismas formas estéticas y sólo en ellas es donde lo espiritual de fondo estará siendo sugerido y desvelado.

4. Nota final sobre *estética cristiana*

Ahora bien, como es gracias a esa novedosa singularidad estética como se han logrado en la tradición cristiana, a lo largo de XX siglos, muchas de las obras maestras de la literatura universal, no nos resistimos a terminar esta ponencia sin hacer una brevisima alusión a lo esencial de la *estética cristiana*. No es que vayamos ahora a desarrollar este complejo e importante tema. Sólo deseáramos recordar que ayudará mucho para la interpretación de cualquier texto literario religioso, conocer el fundamento estético en que se apoyan sus autores.

En relación, pues, con la estética cristiana, sólo podemos evocar aquí lo que fue su origen y fundamento. Desde los mismos comienzos de la historia del cristianismo, se dio una fuerte inculturación del evangelio de Jesús en el helenismo de corte platónico, dominante entonces en el próximo Oriente. Algunos escritores y artistas cristianos de origen griego (Gregorio de Nisa, Orígenes, etc.) se entregaron no sólo a ahondar en la verdad conceptual del mensaje revelado sino también a descubrir su intrínseca belleza. La fe religiosa, entendida por ellos como una iluminación interior, propiciaba la contemplación de la divinidad como Belleza absoluta, que era entendida además como la autorrevelación del Dios de Jesucristo, en forma de manifestación en su humanidad de esta extraordinaria *Gloria* (*Kabód Yahvéh* o *Doxa tou Patrós*). Ahora bien, el poder llegar a percibir tal majestad resplandeciente de la divinidad era sentida por el cristiano como una *gracia* extraordinaria, un especial toque de favor, o un encantamiento estético, que convertía su fe en una auténtica fascinación. Lo cual explica por qué con tanta frecuencia muchos de aquellos creyentes se entregaban a expresar su fe gozosa y luminosa creando obras artísticas y literarias, referidas especialmente a la figura de Jesucristo. Pues era en él, en su realidad de Hombre crucificado y resucitado, en quien veían sobre todo resplandecer esa Gloria de la divinidad.

El extraordinario fulgor de esa figura humano-divina fue captado y reproducido de mil maneras por pensadores, literatos y pintores, primero en las iglesias griegas y bizantinas, para pasar muy pronto al Occidente latino (con Ambrosio, Agustín, Jerónimo y muchos otros). Sus abundantes obras, admirables también desde el punto de vista literario, quizás demasiado olvidadas hoy en el seno de nuestra cultura secularizada, siguen siendo auténticos tesoros de la humanidad. Por suerte, esa fuerte capacidad estéticamente creativa de los primeros siglos ha seguido manteniéndose durante casi dos milenios hasta nuestros días en muchas obras realmente maravillosas, y es sobre todo en ellas donde las sugerencias de análisis e interpretación de textos religiosos, que hemos ofrecido en este artículo, podrían aplicarse más eficazmente y con una muy honda gratificación personal de quien lo intentara.